

Un Reportaje Especial de EN CUBA



Las calles santiagueras están desiertas y sobre la ciudad planea un ominoso silencio, turbado tan solo por el seco chasquido de algún disparo, la explosión de un cocktail "Molotov", y las cautelosas pisadas de los sicarios de la Dictadura que caminan pegados a las fachadas de los edificios.



El cadáver del ferretero Raúl Pujol, acribillado a balazos al mismo tiempo que Frank País, quedó tendido a pocos metros de la puerta de su casa, como muestra macabra de los expeditivos procedimientos y la cruel barbarie de un régimen sediento de sangre.

O R I E N T E

UNA GESTA HEROICA.

DURANTE dos largos años, el terror señoreó la provincia de Oriente. La región de los Maceo quedó aislada del resto de la Isla. Más allá, del Jobabo, el heroísmo, enfrentado al crimen, tipificaba el acontecer cubano. La censura dedicó todos sus esfuerzos a cubrir de sombras la agonía del pueblo oriental.

El grito de las ciudades martirizadas y el sacrificio de sus mejores hijos quedó ahogado en el silencio. Oriente, Santiago, Bayamo, Guantánamo, Manzanillo eran nombres perseguidos y proscritos. Los esbirros de "Santiaguito" Rey, instalados en las redacciones de los periódicos en el ejercicio de la inoble función de censores, vigilaban para que no se filtrara una sola noticia.

Y, sin embargo, aquí está una parte de la historia. Cada capítulo representa una página de heroísmo anónimo y una singular hazaña periodística. A pesar del bloqueo tendido alrededor de la gloriosa provincia, la dramática crónica, fragmentada, irregular, incompleta, pudo llegar hasta BOHEMIA. Fueron páginas amorosamente archivadas, consciente esta Sección de que algún día, en la patria

libre, las páginas insobornables de BOHEMIA tendrían ocasión de rendir tributo a Oriente y a los orientales.

Para que no quedaran en el olvido los nombres de los héroes y de los mártires, registrando para el futuro la identidad de los verdugos, muchos periodistas honestos, de la pluma y de la graflex se jugaron la vida y desafiaron las iras de los mandones de uniforme. Se les persiguió, vejó y maltrató. Algunos fueron expulsados de sus ciudades y vieron sus hogares destruidos.

El recuento parte del rastro de muerte que siguió al asesinato de Frank País y al sepelio inolvidable en que el dolor de Santiago se volcó sobre el féretro del combatiente inolvidable. Los primeros apuntes correspondían al mes de agosto de 1957 y fijaban la acción en Palma Soriano: petardos, cocteles Molotov, banderas del M-26-7 y, como colofón, un cadáver, el del joven Luis Pérez García.

Se sucedieron los macabros hallazgos. Las milicias rebeldes, a las que los capitostes del crimen quisieron ablandar por el terror, respondieron a la guerra con la guerra y la justicia revolucionaria pobló de insomnios las noches tenebrosas de los sicarios. En Cuneira fue encontrado el cuerpo de un individuo, como de treinta años. Según rumores, actuaba de práctico del ejército de Batista en la zona de Sierra Canasta. La propia mañana fue localizado en la carretera de Caimanera, envuelto en un saco de yute, el cadáver de un hombre de veinticinco años. El 4 de agos-



El dolor y la indignación de la capital de Oriente por el asesinato de Frank País, se volcaron sobre el féretro del combatiente inolvidable, cuyo cadáver fue amortajado con el uniforme del 26 de julio.

to, pandilleros de Masferrer secuestraron al fotógrafo santiaguero Alvaro Garriga Avendaño. No se supo cual fue su suerte.

En Cuetu, tres jóvenes destruyeron un ómnibus de la empresa Santiago-Habana, dándole fuego en el cruce de El Nispero. En Alto de Cuevita, límite de los municipios de Jiguani y Cobre, apareció muerto el comerciante Ignacio Cabrera Alvarez. En Campehuela se quemaron totalmente los almacenes de azúcar y la refinaria del central Regina. Las pérdidas ascendieron a más de 600 mil pesos.

La sogá alternó con el plomo. En Hoyo de la Pipa y en Dos Bocas del Caney, los árboles exhibieron una pareja de ahorcados. Nadie supo cómo se llamaba, de dónde procedían. Fueron enterrados sin identificar.

El alcalde de San Luis, siguiendo la huella jubilosa del asturiano Maximino Torres, intentó organizar los carnavales de San Joaquín, como un insulto al drama colectivo. El domingo 12 de agosto, con escasa concurrencia, se inauguraron los jolgorios. Primero un apogón, enseguida una bomba y los kioscos y casetas empezaron a arder. No hubo carnavales.

Los tiroteos se multiplicaron en Santiago, donde los comandos insurgentes del M-26-7 chocaban en pleno día con las patrullas militares. Los soldados imponían la apertura de los establecimientos, destrozando vidrieras y puertas. Ape-



Las mujeres santiagueras abrazan y vitorean al embajador americano Earl T. Smith, cuya visita a Oriente, recién llegado a Cuba, despertó esperanzas que su posterior actuación se encargaría de frustrar.

Las pugnas de intereses dieron lugar a que el "duro" coronel Alberto del Río Chaviano fuese acusado de estar "ablandando" por Masferrer. Chaviano había ordenado el desarme de algunos de los "tigres" de éste, que extorsionaban incluso a elementos de filiación gubernamental.



Las fuerzas represivas del marzato dan rienda suelta a su furor empujando y maltratando a las damas santiagueras que se manifestaban ante el representante de los Estados Unidos para hacerle saber los atropellos de la Dictadura.

nas se retiraban, grupos de jóvenes milicianos, al brazo la insignia roja y negra y en la mano la pistola, conminaban a cerrar de nuevo.

Fueron arrestados comerciantes e industriales, a quienes se responsabilizaba con la paralización de las actividades laborales. El hijo del conocido industrial "Pepín" Bosch fue conducido al cuartel Moncada, como rehén, para garantizar el funcionamiento de las fábricas de Hatuey y Bacardí. La calle de Enramada, en el corazón de la ciudad, se cubrió de cristales rotos.

El Almacén número dos fue ata-

cado con fósforo vivo y el servicio de Jorge Rovira, en Trocha y Corona, fue rociado de gasolina e incendiado. Una lluvia de "daiquiris" obligó al cierre de las cantinas en las barriadas de Jobito y Santa Isabel. Varias personas resultaron heridas.

La liquidación de la huelga no atemperó la lucha. Una poderosa carga de dinamita, colocada en el camino de La Ceiba, voló la tubería del acueducto, dejando sin agua a la capital durante casi dos días. A la siguiente noche, tres jóvenes asaltaron la nave y talleres de la empresa La Oriental, dándole fuego. Las llamas destruyeron dos ca-





Una de las más odiosas y odiadas figuras del régimen caído: Rolando Masferrer, quien tenía a su servicio un ejército particular de pandilleros que alternaban el crimen político con el delito común.

ros de la línea Santiago-Caney y otro de La Cubanita.

El advenimiento de la fecha del 4 de septiembre, envilecida por el odioso predominio de los espados, fue saludada con una serie de explosiones. El Stadium Maceo y el reparto Sueño figuraban en los lugares batidos por la marejada revolucionaria. El jueves 5, desde un automóvil, acribillaron a balazos a León Celesio Reyes, en la portada del sanatorio del Centro Gallego.

El sábado 7 se registró un ataque contra el edificio de la junta provincial electoral, baluarte de los políticastrós de la dictadura.

Hubo páginas de singular horror. Una mañana, el chofer y los pasajeros de un ómnibus interurbano, procedente del Castillo del Morro, vieron salir a un joven de las malezas aledañas a la carretera. Caminaba tambaleándose, como un beodo y con las manos se sujetaba el vientre. Por una enorme herida de

Rodeado por sus chacaes, aparece en esta foto el coronel José María Salas Cañizares, culpable de incontables asesinatos. Con sus propias manos y habilidad de matarife, hundió su bayoneta en el vientre del jovenito J. R. Guillén, abriéndole en canal.

cuchillo le asomaban los intestinos. Se llamaba José Ramón Guillén, de dieciséis años.

Había sido arrestado por un carro micro-onda y conducido a presencia del coronel José María Salas Cañizares, que lo acribilló a preguntas. En el curso del interrogatorio, el torvo militar, con gesto displicente, extrajo de la cintura la pavorosa bayoneta y aparentó limpiarse las uñas, mientras tras los calabozos iba asomando una mirada bestial y los labios se le con-

traían en una sonrisa preñada de amenazas.

De pronto, en consumado ademán de matarife, hundió el filoso cuchillo en el bajo vientre del joven Guillén, abriéndole la cavidad abdominal. Sus propios hombres, encallecidos en el crimen, no pudieron disimular una exclamación de horror. Salas Cañizares requirió una hoja de papel, secó la sangre de la bayoneta, y se volvió hacia uno de sus secuaces.



Al amanecer, un trágico rocío de cadáveres se extendía sobre todas las ciudades y campos de la República. He aquí el de Floro Vistel Somodevilla, uno de los innumerables mártires inmolados por la Dictadura.

— ¡Llévense a ése y bótenlo por ahí...!

Proseguía el trágico recuento. Una nueva bomba volvió a interrumpir el suministro de agua en Santiago. En el reparto San Pedro fue agredido a tiros el marino Rogelio Ros Fresneda. El 21 de septiembre, los tripulantes del carro patrullero M-6 interceptaron un auto en el reparto Vista Alegre. Perecieron Romilio Castillo y Rafael Millán López. Los cadáveres fueron llevados directamente al cementerio.

Innumerables hojas sueltas anun